

cos años antes, y en la misma provincia, nuevo ejemplo de expiacion como ordenado por justicia superior á la humana, en que fué víctima de muerte atroz é injusta el que con no menor injusticia habia derramado á rios la sangre. No cupo á Cabrera la misma suerte, pero sí la de desaparecer de la palestra donde tanto habia ilustrado su nombre, teniendo que retirarse á Francia, sin serle posible probar la fortuna de las armas para adquirir aumento de gloria en la hora de su vencimiento. Con él se entraron en el territorio francés los secuaces armados que aun tenia D. Carlos en el territorio español por aquellos lugares, y habria quedado completamente pacificada la península, si una corta fuerza del pretendiente, por circunstancias inesperadas, no hubiese venido á crear un peligro grave, aunque por fortuna de duracion tan breve, que apenas asomó amenazando, cuando quedó desvanecida. Pero antes de dar razon de este último suceso de la guerra civil, bien será hablar de otros de la política, que con él pudieron tener algun enlace.

Recien sabida en Madrid la caida de Morella, continuando en sus ordinarias tareas las córtes, y encarnizados en su hostilidad los adversos bandos, súpose que la reina gobernadora se disponia á pasar con sus augustas hijas á Cataluña. Daba motivo y tambien pretexto á tan peligroso viaje la delicada salud de la reina niña, á quien, segun dictámen de los facultativos, eran convenientes y hasta necesarios ciertos baños minerales de la provincia á que se encaminaba, y tambien los de mar que le era fácil y cómodo tomar en seguida en Barcelona. No obstante esta razon poderosa que persuadia á emprender la jornada, retraian de arrojarse á ella muchas y graves consideraciones. No estaban aun completamente pacificadas las tierras por donde habian de atravesar las reales personas. Ademas, vista la conducta del general Espartero, pasar la reina al ejército encerraba otra clase de peligros. A arrostrar, y si posible fuese vencer estos últimos, aseguraba la voz comun que iba encaminado el propuesto viaje mas todavía que á mirar por la salud de la reina Isabel, aunque de esto mismo trataba con vivo y solícito afan el amor de su madre. Era la opinion comun que la reina gobernadora, no habiendo perdido la confianza que en el duque de la Victoria tenia depositada, quería hacer una prueba de su ascendiente sobre él, y de si eran ó no sinceras las repetidas protestas que desde el ejército le habia hecho de que emplearía con apasionado celo su persona y espada en su particular servicio. Suponíase que la reina, si no confiada del todo en la sinceridad de estos ofrecimientos, tampoco los juzgaba enteramente engañosos, creyendo á Espartero alucinado y dominado por malos consejeros, á los cuales les sería fácil vencer y desterrar, luego que el general, puesto en su presencia, tuviese con ella conferencias francas y amistosas. Discordaban las gentes en sus suposiciones sobre el uso que la augusta persona encargada del gobierno de España pensaba hacer de la victoria que alcanzase en el ánimo del general desobediente, á la cual seguiría sin duda verse el trono con una dignidad y autoridad muy superior á la que habia tenido en largos años. Afirmaban unos que la reina, resuelta á nombrar nuevo ministerio, como parecia conveniente y